



Historia e independencia
**A propósito de la conmemoración
del bicentenario del 19 de Abril de 1810¹**
Ángel Rafael Lombardi Boscán

Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
Centro de Estudios Históricos
bucefalo3123@yahoo.es

*El escritor debe ser un testigo insobornable de su tiempo,
con coraje para decir la verdad,
y levantarse contra todo oficialismo que,
enceguecido por sus intereses,
pierde de vista la sacralidad de la persona humana.*

Ernesto Sábato

La verdad es que esta amable invitación que los amigos y las excelentísimas autoridades de la Universidad de Los Andes hacen a un intruso marabino, me ha causado sorpresa y a la vez gran alegría. Es bueno recordar que hace doscientos años los merideños, ni cortos ni perezosos, aprovechando “el ejemplo que Caracas dio”, se zafaron de la incómoda tutela de la provincia de Maracaibo. De igual forma es oportuno señalar que Maracaibo no acompañó a la causa pro independentista convirtiéndose en cabeza de la contrarrevolución monárquica junto a Coro y Guayana. Por lo tanto, esta generosa invitación que ustedes hacen a un poco conocido historiador zuliano, tiene importantes connotaciones simbólicas al plantear

¹ Discurso en la Universidad de Los Andes (ULA), el día 15 de abril de 2010.

nuevas miradas hacia un pasado codificado y congelado por las fuerzas de la tradición y el convencionalismo. Esta amplitud de miras es poco usual en nuestro país, y mucho menos en la actualidad, todo lo cual habla muy bien del ambiente de libertad, autonomía e independencia que aún se puede respirar en la Universidad de Los Andes.

No me ha sido nada fácil establecer las coordenadas de este discurso acerca de la Independencia Nacional y el 19 de Abril de 1810. En primer lugar porque siempre he creído sano plantear un enfoque desmitificador de nuestra “historia oficial y patria”, y por otro lado, porque quiero expresar, en tan privilegiado escenario, lo que pudiera considerarse relevante y fundamental durante este tipo de conmemoración, de acuerdo con los grandes retos que el país enfrenta en el presente.

En un inesperado como raro encuentro con el Dr. Enrique Tejera París, hace menos de un mes, desde su tremenda lucidez y experiencia, llegó a decirnos que uno de los grandes logros de la venezolanidad es haber alcanzado nuestra Independencia y que ésta habría que mantenerla, defenderla y profundizarla. Esta evidente como lógica afirmación me causó cierta impresión porque siempre hemos dado como un hecho natural que la Independencia fue obra de titanes y semi-dioses dentro de un acto de creación mágico convertido hoy en mito invulnerable. De repente caí en cuenta acerca de la necesidad de darle un giro interpretativo más amplio a esos fundamentales hechos del pasado y repensarlos desde la óptica de la sociedad civil y sus ciudadanos.

Aunque antes creo necesario y responsable señalar cómo entiendo a la Historia y su vertiente historiográfica. La Historia es una ciencia que procura comprender la aventura humana y para ello se vale de los más diversos materiales culturales asumidos como testimonios. La lucha contra el olvido y la desmemoria parte de una necesidad, diríamos, que natural y

hasta sagrada, por evitar la deriva existencial. El pasado le da sentido al presente sólo y cuando establecemos sus más fundamentales conexiones. Ahora bien, desde San Agustín hasta Jorge Luis Borges mucho se ha discutido y reflexionado sobre la esencial sustancia de la Historia: el tiempo, y la gran mayoría coincide, sobre lo inextricable y fantástico de ese tejido que sirve de escenario para la vida histórica. El tiempo constituye un ámbito de la metafísica que sólo el río de Heráclito en su eterno fluir ejemplifica al devenir a los ojos de todos. Un poeta inglés, Tennyson, escribió en un bello poema lo siguiente: “El tiempo que fluye a medianoche”, es decir, mientras todos dormimos y desde el silencio, se produce el gran misterio de la sucesión, el paso del tiempo.

Decimos esto porque escribir historia no es un proceso sencillo. El historiador libra un portentoso combate en contra del olvido y son muchas más las cosas que omite de las que es capaz de recordar. Y de paso, las que recuerda, son de carácter autobiográfico, es decir, de naturaleza aleatoria, circunstancial y subjetiva. Es por ello que la principal responsabilidad en el recuerdo del pasado recae en los historiadores y, sobre todo, y esto hay que decirlo, en su integridad ética y profesional.

Voltaire, el famoso filósofo de la época del Enciclopedismo allá en el siglo XVIII, estableció que: “Las verdades históricas sólo son probabilidades”; nosotros agregaríamos, un auténtico y desconcertante “juego de los abalorios” según el decir del alemán Hermann Hesse. La llamada “objetividad” en la historia escrita tiene que ver con las buenas o malas intenciones del historiador. En esencia, la historiografía es subjetiva, relativa y autobiográfica; en el fondo, una opinión particular. Y en todo caso, esa objetividad tan apreciada en el mundo académico formal tiene que ver con la buena o mala utilización del aparato crítico.

Quienes escribimos acerca del pasado y producimos el relato historiográfico, no escapamos a la angustia existencial derivada de la intuición del fin, de la irrevocable muerte. En esta lucha contra las devastaciones del olvido y el anonimato, queremos reafirmar algún tipo de vitalidad, voluntad y trascendencia en el vivir, y es por ello que nuestros escritos, de una u otra forma, aspiran a ser intempestivos.

Algo bien distinto es la Historia que se escribe bajo la sanción del Estado y los poderes de turno. Esa “Historia” posee una irresistible atracción por exaltar a los héroes, las batallas y las anécdotas. Omite lo que le incomoda e inventa sin escrúpulos. No le interesa comprender el pasado sino la glorificación del mismo, bajo el artificio de conectar las grandes hazañas con las actuaciones y aspiraciones de los gobernantes en el presente. La Historia, así entendida, queda reducida a propaganda y mito.

Y además, en las guerras no hay héroes, sino víctimas, tragedia y tristeza. La impronta marcial y guerrera de nuestro pasado le ha cedido al sector militar unas prerrogativas, en estos doscientos años, por encima de fundamentales valores civiles asociados a la modernidad política. Si no, cómo entender la recurrencia del golpe de Estado, del caudillo indispensable y de las fuerzas armadas como árbitro determinante en nuestras disputas. Se nos ha hecho creer que la Independencia fue concedida por el sacrificio exclusivo del estamento militar, algo que de paso, es completamente ajeno a la verdad histórica, ya que el ejército como tal, en su vertiente institucional y profesional, fue recién creado en la época de Juan Vicente Gómez, es decir, luego de casi cien años de haber finalizado la Batalla de Carabobo (1821).

Ahora bien, es necesario destacar que el verdadero comienzo de la nacionalidad no ocurre con la Independencia,

sino 10.000 años a. de C., con el arribo al actual territorio venezolano de los primeros pobladores, muchos de ellos de procedencia asiática y de polinesia. Luego hay que incorporar la presencia europea a partir del tercer viaje de Colón sobre el oriente alrededor de la península de Paria en el año 1498 y a los grupos africanos traídos por la fuerza. Este rico y dinámico proceso de mestizaje es, básicamente, lo que define a nuestra nacionalidad en su vertiente biológica, étnica y cultural. Fuimos y somos indígenas, hispanos y africanos, hoy amalgamados en la suma de todos sus elementos más los nuevos agregados. Al decir esto, trato de impugnar la idea que establece como inicio de la nacionalidad, en un sentido formal, la ruptura con la monarquía hispana. Los procesos históricos son abiertos, amplios y poseen matices. Es muy lamentable cuando la memoria la hacemos selectiva bajo la impostura de la ideología u otras consideraciones subalternas que atentan contra una apreciación equilibrada de los hechos. Mucho daño le hemos hecho a la conciencia histórica nacional al asumir nuestras herencias de una forma sesgada. Al supuesto oscurantismo colonial e indígena antepone el período luminoso de la Independencia, saltándonos a la “garrocha” todo el inestable siglo XIX y entroncando con el siglo XX sólo aquello que el “poder” establece como digno de recuerdo. No está de más decir que esa memoria termina siendo epiléptica, conveniente para los interesados y reelaborada sin ningún criterio de continuidad o respeto. Recuperar una visión de conjunto y totalidad de toda nuestra historia es una tarea bajo el imperativo de la generosidad y las exigencias de la teoría y metodología histórica de avanzada.

Muchos pudieran sorprenderse al referirles que la Capitán General de Venezuela, en víspera de la Guerra de Independencia, era un “pequeño género humano” bastante satisfecho

y feliz. La economía del cacao revalorizó al país y los niveles de conflictividad internos eran prácticamente anecdóticos. Se temía más una amenaza desde el exterior, por parte de piratas y contrabandistas junto al sempiterno enemigo inglés, que un resquebrajamiento del “pacto colonial” en el interior. La población apenas alcanzaba los 800.000 habitantes y las jerarquías entre las castas delineaban la sociología de un mundo bajo el dominio del sector blanco, tanto el peninsular como el criollo, ambos estrechamente emparentados. ¿Cómo entonces explicar el arribo de la Independencia, de la guerra y de la ruptura? ¿Cómo entender que el conflicto de la Independencia se haya convertido en una guerra civil, tesis ésta de Vallenilla Lanz aún vigente? ¿Si la Independencia era tan deseable por qué se resistieron a ella Maracaibo, Coro y Guayana? ¿Por qué la oligarquía caraqueña prácticamente se suicidó a sí misma dentro de los ámbitos de un conflicto brutal que alentó las aspiraciones populares produciendo anarquía y desazón?

Aclarado esto, pasemos a comentar acerca del significado histórico del 19 de Abril de 1810, bajo el entendido de que es la lectura o exégesis de quien les habla.

El 19 de Abril de 1810 es confundido por la gran mayoría de los venezolanos como el inicio de la Independencia, es más, la fecha es para muchos la Declaración de la Independencia, la cual, en realidad, se lleva a cabo el 5 de Julio de 1811.

El 19 de Abril de 1810, suceso ocurrido doscientos años atrás, en la ciudad de Caracas y bajo la iniciativa de los miembros del Cabildo o Concejo Municipal de ese entonces, fue básicamente un acto de reafirmación monárquica a favor de la metrópoli española y de su rey prisionero: Fernando VII.

La explicación del suceso se conecta, indefectiblemente, con el año 1808 cuando Napoleón y los ejércitos franceses,

aliados de España, deciden ocupar militarmente la península ibérica, generando un vacío de poder y el inicio de la resistencia popular del pueblo español en contra del inesperado invasor, acontecimiento éste inmortalizado por el escritor Benito Pérez Galdós en sus célebres “Episodios Nacionales”. Cada provincia española organizó juntas para la defensa de sus respectivos territorios; ausente el rey, la soberanía era traspasada al pueblo. En América cundieron el caos y la desinformación; las noticias eran alarmantes y las comunicaciones prácticamente estaban rotas; el sector criollo blanco dominante apoyó, junto a las autoridades peninsulares, el esfuerzo de guerra que hizo el pueblo español a través de donativos y manifestaciones públicas de solidaridad. Como ya hemos referido, la sociedad colonial venezolana de ese entonces era una zona próspera del imperio español bajo los Borbones, y los caraqueños, que participaban activamente de algunos lucrativos negocios, no iban a mantener una actitud pasiva que pusiera en peligro la lógica de sus ganancias. Por otro lado, en la Venezuela de ese entonces, dividida en regiones, provincias, distritos y comarcas, cada una con una dinámica de funcionamiento autónoma, no se quería nada a favor de los franceses.

A finales de 1808 se produce en Caracas la poco conocida “Conjura de los Mantuanos”, que para nosotros representa el principal antecedente del 19 de Abril de 1810, e incluso de la Independencia misma. En esa “conjura” va a participar lo más granado desde el punto de vista social de la sociedad caraqueña, es decir, criollos y peninsulares, que le proponen al capitán general en funciones, don Juan de las Casas, la conformación de una Junta de Gobierno a imitación de las que se erigieron en España. La propuesta no tenía nada de “revolucionaria”; por el contrario, era un acto de lealtad a favor de la metrópoli invadida; no obstante, el regente de la Real Audiencia, Joaquín

de Mosquera y Figueroa, se opuso con determinación a la propuesta y logró, con el apoyo militar de las milicias, abrirles juicio y llevar a la cárcel a los principales implicados.

Los funcionarios peninsulares no estaban dispuestos, con todo y lo precaria de la situación, a compartir el liderazgo de la sociedad colonial de la Capitanía General de Venezuela. Este hecho fue fatídico para el tradicional dominio y monopolio del sector social blanco; a partir de ese momento, el pacto de élites del sector dirigente en la Colonia se había roto, lo que creó las condiciones para una disputa fratricida en los próximos años.

A la vista de los sucesos de la “Conjura de los Mantuanos” es como hay que interpretar los hechos del año 1810. Los criollos y peninsulares encumbrados socialmente, ahora humillados con cárcel y perdón, son los protagonistas del 19 de Abril de 1810. Sólo que ahora habían aprendido de la experiencia y la gran mayoría no estaba dispuesta a negociar ni a compartir las riendas del liderazgo político gubernamental con los funcionarios peninsulares, a quienes, de paso, acusaron de afrancesados. Los cabildantes caraqueños, las fuerzas militares y los representantes del clero de la provincia de Caracas reaccionaban en contra de Francia y no de España.

Lo primero que hicieron, antes de dar el “golpe”, fue involucrar y ganarse para sí a las fuerzas militares; ya lo demás fue sencillo. Al capitán general Vicente de Emparan y a los jueces de la Real Audiencia los deponen del mando sin disparar un tiro y los embarcan en el puerto de La Guaira hacia destino desconocido. Los complotados organizan entonces una “Junta de Gobierno Defensora y Conservadora de los Derechos de Fernando VII”, con el concurso mayoritario del sector criollo blanco pudiente y algunos peninsulares. A ciencia cierta, pocos de ellos saben lo que quieren hacer en el futuro inmediato. La gran mayoría de los protagonistas del 19 de Abril de 1810

fueron personas con ideas moderadas que jamás se plantearon una ruptura con la metrópoli; además, no tenían motivos para hacerlo, ya que como súbditos de España les había ido muy bien. Una minoría más radical sí pudo haber intuido que se estaban creando las condiciones para la Independencia absoluta. Lo cierto del caso es que nadie habló de un “proyecto de país alternativo”, ni de libertad ni de independencia. Muy pocos tuvieron remordimientos de conciencia por el audaz movimiento llevado a cabo, y además, todas las noticias que en ese entonces se tenían eran irrefutables acerca del fin de la resistencia popular hispana, ahora arrinconada en Andalucía y Cádiz.

De esta forma tenemos que el 19 de Abril de 1810 fue un acto de reafirmación pro monárquico llevado a cabo por el sector blanco de la sociedad caraqueña en la búsqueda de mantener y maximizar sus intereses y privilegios de clase, y también puede entenderse como la recuperación de un orden amenazado por la incertidumbre. De igual forma fue un acto estrictamente político-militar ubicado geográficamente en Caracas. Su repercusión más inmediata, al ser Caracas capital de las Provincias Unidas de Venezuela, fue la de recomponer las alianzas interprovinciales y prefigurar el inicio de un sangriento conflicto civil, social, étnico e interprovincial, al cual “el Pacificador” don Pablo Morillo pondría fin, aunque precariamente, en el año 1815.

Los caraqueños, al enviar emisarios a las principales ciudades del país, invitaban a sus dirigentes a plegarse a la nueva realidad. Ciudades como Mérida no desaprovecharon la oportunidad de zafarse de Maracaibo, de la cual dependían administrativamente, y con ello reivindicaban una mayor autonomía. Maracaibo y sus autoridades también aprovecharon la oportunidad para abrir un frente en contra de los caraqueños y sus nuevos aliados; además, la Regencia, órgano precario de

Gobierno que aún existía en España, desconoció el paso dado el 19 de Abril de 1810, noticia que fue recibida, tres meses después en la península y por parte de barcos ingleses.

La Regencia, en un acto de torpeza a nuestro entender, declaró a la provincia de Caracas en rebeldía junto a sus aliados y nombró al gobernador de Maracaibo don Fernando Miyares como nuevo capitán general de todas las provincias de la Capitanía General de Venezuela; a su vez, comisionó a don Antonio Ignacio Cortabarría, al mando de un escuadrón naval para que “pacifique” a los subditos en estado de rebelión. No está de más decir que desde Puerto Rico, donde se instaló Cortabarría, se impuso un bloqueo sobre las costas venezolanas que la escasez de barcos y medios militares efectivos convirtió en una quimera. España, o lo que quedaba de ella en ese entonces a nivel gubernamental, actuó con un orgullo desmedido y sin reparar que su propia integridad territorial en Europa estaba prácticamente perdida. Por eso, sorprende este tipo de medidas de fuerza cercanas al surrealismo y muy lejanas a la real-politik.

En conclusión: todo lo que se ha escrito de manera escolar en nuestros libros de historia, sobre un Emperador saliendo a un balcón y solicitando “democráticamente” a las personas ahí reunidas si querían que él siguiese al frente del poder o que se marchara, es más cuento que realidad. La historia se viste de mito, teatro y liturgia, y contribuye a la deformación de nuestro pasado. El origen popular y libertario del 19 de Abril de 1810 es un mito hecho a la medida de nuestros gobernantes desde el siglo XIX hasta el presente. Bien vale la pena tener el atrevimiento y la responsabilidad de explicar estos sucesos a la luz de las circunstancias del momento, y reconocernos en todos los actores históricos que participaron, independientemente de sus intereses, ideologías o creencias. El historiador

no es un juez, sólo procura una comprensión justa de personajes y situaciones.

La Independencia Nacional será la consecuencia más inmediata a lo ocurrido el 19 de Abril de 1810. Venezuela se hace nación y deja de ser monarquía. Soy de los que piensan que el costo de esa transición fue muy alto, y que muchas de las aspiraciones colectivas que surgieron con la Independencia siguen postpuestas. Albergó la esperanza de que estas celebraciones bicentenarias no sean los juegos florales de siempre o una vía de escape ilusionista para autoengañarnos. Quiero creer que el pasado, la historia, puede ayudar a los venezolanos de hoy a ser mejores, con la “verdad” por delante, y a reivindicar el esfuerzo colectivo de nuestra ciudadanía en una apuesta indeclinable por el engrandecimiento del país en democracia, diálogo, unión y paz.